

## ¿POR QUE LA ESPAÑA JAMAS TENDRA UN BUEN GOBIERNO?



DISPUTABAN el otro día sobre las causas que influyen en que desgraciadamente no haya un buen gobierno en España varios sujetos; quien aseguraba que

el pueblo no estaba aun bastante preparado para recibir las instituciones constitucionales, quien aseguraba que la intolerancia de los partidos y su sistema de exclusion tenían la culpa de las calamidades que esperimentaba el pais, y de las que, aun tristemente le quedan por pagar.

Un hombre del pueblo que se hallaba en la reunion quitándose un cigarrillo de papel que tenia en la boca, despues de arrojar una bocanada de humo, dijo:

Caballeros, no hay que cansarse ni que darle vueltas, España no tendrá jamás buen gobierno.

Eso es demasiado dijo uno. Pareceis demasiado pesimista dijo otro. Con que jamás tendremos buen gobierno, exclamó un tercero.

El hombre del pueblo secamente repitió un JAMAS como el que Monsieur Molé pronuació en la cámara de los diputa-

dos de Francia en contestacion á los que creíamos en la intervencion francesa.

—Y á quién deberemos esa falta de gobierno preguntó uno: ¿al pueblo, ó al trono? ¿al clero ú á la nobleza?

—A ninguno de ellos.

—Pues quién tiene la culpa entonces? preguntaron todos á la vez.

—Santiago.

A Santiago!!! replicó uno que parecia eclesiástico; Santiago, que es el patron de España, y que tiene tanto crédito en el cielo ¿cómo puede oponerse á la primera felicidad de un pueblo, á la de sus mejoras politicas de donde dimanar todas las demás mejoras?

—El caso es el siguiente, respondió con flemma nuestro hombre. Cansado un día Dios de oír quejarse eternamente á los pueblos, pidiéndoles unos ya una cosa, y otra, y no sabiendo en medio de las peticiones y continuos lamentos, á cuál acudir, dispuso que un angel invitase á son de trompeta á todos los pueblos y naciones del mundo, á que meditando bien sus necesidades y deseos, le enviasen en el término de un año, y en un dia fijo, un diputado encargado de presentarle sus reclamaciones, obligándose desde luego para entonces á otorgar sus demandas. La noticia de semejante nuevo Congreso hizo gran ruido. El mundo entero se ocupó en elecciones. Hubo candidaturas en abundancia, ni

mas ni menos qué sucede hoy entre nosotros; y cada nacion nombró su diputado. Por Francia fue elegido San Dionisio: por Inglaterra S. Jorje: por Italia S. Genaro: por España Santiago: por Escocia S. Dusan: por Rusia S. Niuskis: por Suiza san Nicolás, y qué se yo cuantos mas santos por otros pueblos, pues hasta hubo representante por la república de S. Marino. Llegó el dia, y cada santo se puso en camino con sus correspondientes instrucciones de sus comitentes.

El primero que llegó fue S. Dionisio: saludó al padre Eterno, no quitándose el sombrero de la cabeza, sino quitándose la cabeza de encima de los hombros, que no fue mala indirecta para recordar al señor el martirio que habia sufrido por su santo nombre: este saludo le captó la benevolencia celestial.

—Y bien, díjole Dios, vienes de Francia.

—Sí, altísimo Señor, contestó S. Dionisio.

—Qué pides para los franceses?

—Que tengan el ejército mas hermoso del mundo.

—Concedido, contestó el señor.

San Dionisio lleno de gozo colocóse la cabeza sobre los hombros, y se marchó pian pianino á su catedral de Paris.

Apenas habia salido, el ángel que estaba de servicio anunció á S. Jorje.

—Que entre, dijo Dios.

Entró S. Jorje, alzó la visera de su casco, y saludó militarmente.

—Y bien, mi valiente capitán, vienes en nombre de la Inglaterra, ¿no es esto? qué pide?

—Altísimo, respondió S. Jorje, pide tener la marina mas hermosa y fuerte del mundo.

—Muy bien, respondió el Señor, la tendrá.

S. Jorje que tenia todo lo que deseaba tener, bajó la visera de su casco, saludó nuevamente y se fué. A la puerta encontró á S. Genaro.

—Buenos dias, mi santo obispo, le di-

jo el Señor, me alegro mucho de verte, ya sabia yo que te enviarian los italianos. Veamos á ver qué te han encargado que me pidas.

—Tener los primeros artistas del mundo.

—Bien, contestó el Señor, yo te lo prometo.

S. Genaro no pidió nada mas, se cubrió la cabeza con su mitra y se marchó.

—Que entre otro, gritó el Señor.

—Señor, respondió el angel, no hay nadie.

¿Cómo que no hay nadie? y ¿qué hace Santiago que siempre está á caballo á galope y nunca llega?

—Señor, replicó el angel, desde aqui le diviso allá abajo... abajo... abajo.

—Perezoso, como buen español, dijo Dios entre dientes... en fin, ya está aqui.

Santiago llegó sin poder respirar, echó pie á tierra, y se presentó al Señor.

—Y bien, señor hidalgo, ¿qué que-reis?

—Quiero, respondió Santiago, respirando apenas de palabra á palabra, quiero que tenga España el clima mas hermoso del mundo.

—Concedido.

—Quiero...

—Todavia mas, dijo interrumpiéndole Dios.

—Quiero, continuó Santiago que la España tenga las mujeres mas bellas del mundo.

—Bien, sea asi, contestó Dios, consiento en esto tambien. Concedido.

—Quiero.....

—Cómo! cómo! exclamó el Señor, todavía quieres mas, otra cosa aun...

—Quiero, continuó Santiago, que España tenga los frutos mas hermosos del mundo.

—Vamos, dijo el Señor, es preciso hacer algo por mis amigos. Concedido.

—Quiero, continuó Santiago, que la España tenga el mejor gobierno del mundo.

—Oh! exclamó Dios deteniéndole: basta, Santiago, basta ya, es preciso dejar algo para los demás. Negado. Santiago qui-

no replicar, pero Dios le hizo una seña para que se volviese inmediatamente á Compostela. Santiago montó en su caballo blanco y se marchó á galope.

He aqui la causa de por qué la España jamás tendrá un buen gobierno.

Parece que todavía no ha podido el patron de España Santiago obtener para su protegida el don del buen gobierno que tuvo la imprudencia de guardar para su cuarta petición.

El Tio Vivo.

## TRAGICO FIN DE UN CANARIO MUSICO.

Estaba yo en Cleves pasando algunos dias en compañía de una familia prusiana, durante el tiempo de las ferias. Nada de particular tuve que notar en ésta: se parece á todas las demas, menos á la de Madrid que es única en su género: lo mismo en aquella que en todas, se reúne la gente para mirarse, engañarse, y divertirse; y para gastar el dinero que se ha ahorrado en todo el año, en comprar cosas, que las mas veces tendria mas baratas en otra parte y en otras ocasiones. Un día que acababamos de comer, nos dijeron que habia allí unos músicos de los que van de feria en feria y de casa en casa: costumbre peculiar de Alemania, en donde son tan aficionados á la música: se reúnen los músicos en cuadrillas mas ó menos numerosas que forman ya un cuarteto, un quinteto, un septimino, ó una pequeña orquesta: á veces llevan tambien en su compañía muy buenos cantantes, de manera que se les suele llamar al pasar por la calle á las horas de comer, y hacerlos tocar durante la comida, dándoles despues lo que al amo de la casa le parece.

Mandó el dueño de la casa que entrasen, y tocaron varias frioleras de bastante gusto. Al despedirse, entraron recado que habia un pajarero célebre por la habilidad que tenia en enseñar pájaros: los músicos pidieron quedarse á verlo y se les concedió, y

todos mostraron vivos deseos de ver ejecutar sus habilidades á un famoso canario que llevaba y del que se decia, que aventajaba con mucho á cuanto se habian visto en clase de pájaros de habilidad. El pajarero se puso al lado de la mesa, tomó el canario en su dedo y le habló de esta manera.

“Vamos chiquito, aqui tienes un numeroso y sabio concurso. Cuidado no me dejes feo: acuérdate de tu fama, y trabaja bien para que digan que eres un verdadero tesoro.”

El pájaro pareció escucharle con sumo cuidado, y bajaba la cabeza como para aplacar el oido. Luego que su amo concluyó de hablar, inclinó dos veces la cabeza con suma gracia.

Muy bien dijo el pajarero saludándole con el sombrero: veamos ahora si me harás el favor de cantar algo bueno. —El canario cantó.

—Que asco! Esa voz parece el graznido de un cuervo; vamos canta algo patético y dulce.

El canario cantó con tanta suavidad y melodía como la mas dulce flauta: mas de prisa, le dijo el pajarero: despacio ahora: asi va bien. Pero ¿y esa patita? y esa cabeza? Vamos chiquito, esto no va bien, no lleva Vd. bien el compás... Ahora si. bueno! bravo!

El canario ejecutaba cuanto el pajarero le iba diciendo: llevaba el compás con la cabeza y con el pié, y parecía sentir muy bien la expresión poética y la cadencia de la música, en todo lo que cantaba. Por todas partes resonaban los mas vivos aplausos y los músicos aseguraban, mas entusiasmados que todos, que el canario sabia mas que ellos.

¿Y qué, no damos gracias por tantos favores? dijo el pajarero.

El canario se humilló con mucho respeto, redoblando con esto, los aplausos. Despues hizo el ejercicio con una paja en guisa de fusil. Acabado le dijo su amo: "chiquito, ya has hecho muchas habilidades, des y estarás cansado, vayan otras dos ó tres y descansaremos. Haz á estas señoras una fina cortesía."

El pájaro se engalló, cruzó las patitas é hizo una cortesía con la mayor gracia del mundo.

Perfectamente: vaya, haga V. una cortesía como un hombre.—Muy bien: concluyamos en fin, con un solo de trompa... Bueno! bueno!... firme! firme! Eso es... bravísimo... muy bien, excelente músico.

Esta tocata la ejecutó el canario con una alegría, fuerza y esactitud admirables. Todos aplaudieron con nuevo entusiasmo: los músicos fuera de sí, no se cansaban de palmotear y tocar algunas piezas para corresponder por su parte con alguno obsequio al canario protagonista de aquella funcion. El pajarero parecia orgulloso con tantos aplausos, y en seguida á una señal suya, sacó el canario sus plumitas, se estiró y entonó un canto triunfal.

Has cumplido muy bien con tu obligación, le dijo su amo haciéndole algunas caricias: ahora duerme un poco, y yo ocuparé tu lugar.—Al decir éste, el pájaro fingia que se iba durmiendo. Cerró primero un ojo, despues otro; movia la cabeza y la dejaba caer tanto á un lado, como á otro, con tanta naturalidad, que los que estaban cerca creyendo se caia, le ponian la mano para que no se lastimase. En fin, acabó por quedarse completamente dormido al pare-

cer en la mano de su amo y entonces éste le dejó sobre la mesa.

El pajarero principió entonces sus habilidades, siendo lo principal un equilibrio de pipas, formando pirámides y otras varias figuras sorprendentes, que nos dejó abortos: en esto un disforme gato negro en el que nadie habia parado la atención hasta entonces, y que sin duda hacia mucho tiempo acechaba el instante de dar su asalto, se abalanzó á la mesa, atrapó al canario y escapó por la ventana en un abrir y cerrar de ojos, sin que lograsen detenerle ni los gritos de desesperacion de la concurrencia, ni los golpes de los que se hallaron á tiro. Todos echaron á correr tras él; el pajarero volvió en la mayor consternacion, trayendo en la mano el sangriento cuerpo de su pájaro.

Nada basta para ponderar el intenso dolor que se apoderó de aquel desgraciado, ni las tiernas palabras que dirigia al difunto canario, haciéndonos derramar copiosas lágrimas á todos los concurrentes: fué preciso que todos le consolásemos: se le tuvo que dar algun remedio, pues parecia que le iba á dar un insulto; de manera que fué tal la compasion que escitó, que espontáneamente y hasta los mismos músicos escotamos el dinero que teniamos y se lo dimos. Arrojó lejos de sí el dinero, no por desprecio, sino por desesperacion, y exclamó: "Ah! aunque me llenasen esta mesa de oro, no recompensaria la pérdida irreparable de mi mejor amigo, de mi única finca: del que solo comia en mi mano, solo bebia de mi boca, solo dormia en mi pecho! Por él tenia entrada en las principales casas y en los mas suntuosos palacios! Por él me colmaban de aplausos y me agasajaban á porfía! Y cuando alguna ligera pesadumbre venia á turbar nuestra vida errante, pero alegre, y variada, sus caricias, sus tiernos halagos, sus innumerables gracias, me volvian mi antiguo humor!"

Entonces ya algo mas consolado, sacó del bolsillo un poco de algodón en rama, con lo que todas las noches le hacia su cama dentro de la suya misma, le envolvió

con mucho cuidado y dándonos las mas expresivas gracias, y pidiéndonos perdon por habernos importunado, con las demostraciones de su dolor, nos dijo que se volvía á su tierra, y que el primer gasto que haria con aquel dinero que tan generosamente le habian dado, seria hacer disechar el cuerpo

de su querido amigo para guardarlo, y que quedase en su casa como si fuera un bien vinculado para que pasase de padres á hijos; con lo que se despidió con las lágrimas en los ojos, dejándonos á todos tristes y conmovidos con aquel fatal suceso.  
F. F. M.



LETRE dib.º

CASTELLO g.º

**CONFUCIO.**

Aun recordando la fama y reputacion de los sabios de la antigüedad, cuyas obras y doctrinas han influido tanto en las ideas y conocimientos de la sociedad moderna, to-

davia es difícil averiguar si alguno de ellos goza ni ha gozado nunca mayor prestigio en tanto número de personas como el ilustre filósofo y legislador de la China á quien

dedicamos este artículo, ni lo ha conservado tan intacto al través de tantos siglos.

Confucio ó mas bien Confucius, cuyo verdadero nombre es Koung-Tséé, pues el otro no es mas que la pronunciacion chinesca latinizada, nació en el reino de Lou, en el dia provincia de Canton el año 551 antes de Jesucristo. Su familia que era la misma que la de Hoang-ti, fundador de la legislacion china, susiste aun en el dia, ha dado al estado ministros, príncipes y emperadores, y cuenta setenta y cuatro generaciones en el espacio de cuarenta siglos. La depravacion y el fausto reinaban en todos los principados que dividian el imperio y las guerras eran continuas entre ellos; tales desórdenes habian influido en el pueblo extraordinariamente, y el olvido de las antiguas máximas y leyes era completo. Confucio apenas habia llegado á la edad de la adolescencia cuando abandonó las riquezas y honores á que su clase y talentos le daban incontestables derechos, y consagró modestamente su vida á la instruccion de sus conciudadanos, emprendiendo la difícil tarea de hacer revivir en ellos la aficion y el respeto á los antiguos usos. No contento con explicar á sus compatriotas, sin distincion de clases, los invariables preceptos de la moral, fundó escuelas y formó discípulos para estender sus doctrinas por todos los puntos de aquel vasto imperio, y para que despues de su muerte siguiese la enseñanza. Tambien compuso una serie de tratados en que esplicó sus máximas, ó mas bien las de la virtuosa antigüedad que intentaba reproducir.

Tal fue la noble mision de Confucio, a tales trabajos se entregó con ardor, y por tal empresa sufrió mil disgustos y amarguras; porque si se vio acogido y respetado en varias cortes, en otras muchas fué casi despreciado y escarnecido. Al concluir su larga carrera, y agotadas sus fuerzas por una prójia y larga enseñanza, sentia aun que su doctrina no hubiese recibido mas que estériles aplausos, y estaba muy lejos de preveer el inmenso ascendiente y eter-

na influencia que lograria algun dia en toda la nacion. En efecto, ningun filósofo, ningun sabio de la antigüedad ha alcanzado el brillante destino de Confucio, ni ha obtenido tantos honores póstumos; nunca la doctrina de ninguno de ellos ha tenido como la de él, la gloria de asociarse á la legislacion de un gran pueblo. La moral de Sócrates no logró trocar las costumbres de una sola aldea del Atica, y la del ilustre chino continúa desde hace dos mil años, rigiendo el imperio mas vasto y mas poblado del universo.

Confucio no ha sido directamente, como creen muchos, legislador de la China, porque jamás estuvo revestido de la autoridad necesaria para publicar leyes, ni le ocurrió nunca innovar nada en la religion. Si sus doctrinas influyeron en la legislacion fue la causa una influencia poderosa, pero indirecta que llegaron á ejercer sobre la mayor parte de los individuos de la nacion. Confucio cultivó y profesó la moral; habia nacido virtuoso y conducido por su razon al estudio de la virtud, y siendo filósofo sin ostentacion, amó á sus compatriotas, y se creyó llamado á ilustrarlos acerca de los caminos que conducen á la verdadera felicidad. Lejos de querer pasar por inventor de su doctrina, recordaba sin cesar que las máximas que enseñaba eran las de los sabios que le habian precedido. Mas si Confucio tomó de sus predecesores los principios fundamentales de su filosofia, supo desarrollarlos de un modo tan original, y hacer de ellos tantas y tan sabias explicaciones, que se puede asegurar que en ningun tiempo se ha mostrado la razon humana tan llena de fuerza y de brillantez. Por mas sublime que sea su moral siempre aparece sencilla y conforme á la naturaleza del hombre, pudiendo reducirse el código de filosofia chinesca á un corto número de principios que son: la exacta observancia de los deberes que imponen las relaciones del príncipe con los súbditos, del padre con sus hijos, y del marido con la mujer. Añade á esto cinco virtudes principales, cuya práctica recomienda sin cesar: 1.º la hu-

manidad: 2.<sup>a</sup> la justicia: 3.<sup>a</sup> la fidelidad en conformarse á los usos y costumbres establecidos: 4.<sup>a</sup> la rectitud de talento y de corazon que impele á buscar siempre la verdad: 5.<sup>a</sup> la sinceridad.

Imposible sería seguir á Confucio en el pormenor de los trabajos que emprendió para llevar á cabo la mision filosófica que se habia impuesto. Empleó una grande parte de su vida en viajes á los diferentes reinos en que se dividia el imperio, y que fueron las mas veces infructuosos para las radicales reformas que solicitaba, pero que contribuyeron á extender su doctrina, y le atrajeron infinitos discípulos. El rey de Tsi movido del renombre de Confucio, fué el primero que lo solicitó y deseó tenerlo en su corte, donde recibió el filósofo una honrosa acogida. El principe le oia con sumo gusto, y aplaudia sus máximas, pero continuaba viviendo en el ocio y en la molición. Confucio despues de haber pasado un año en este reino vió con dolor que sus discursos y lecciones no producian ningun cambio en la conducta del monarca y en la de sus cortesanos, por lo que tomó el partido de retirarse con algunos de sus discípulos á la capital donde residia el emperador. No tardó, sin embargo, en volver al reino de Lou, su patria, en donde vivió diez años, siendo su casa un liceo siempre abierto á aquellos de sus conciudadanos que deseaban instruirse. Confucio llegó á contar tres mil discípulos, sin que se crea por esto que todos ellos eran jóvenes ni formaban una masa de oyentes reunidos alrededor del maestro; sino que entre este número se contaban muchos que en diferentes tiempos habian recibido las lecciones de filosofía, y eran de edad madura, ocupados en sus empleos y carreras, ya de literatos mandarines, gobernadores de ciudades ó de militares; pero todos profesaban á Confucio el mayor afecto y veneracion, y le visitaban cuando los recíprocos viajes les proporcionaban ocasion.

Gozaba Confucio del reposo y dulzuras de la vida privada cuando murió el soberano de Lou. Su sucesor, que profesaba al

filósofo, cuya doctrina obtenia ya una gran celebracion en todo el imperio, una gran veneracion, le hizo ir á su corte, le entregó su confianza y le nombró supremo magistrado de la justicia con el título y autoridad de ministro. Confucio manifestó tal vigor y desinterés en el desempeño de tan importante destino, que se captó el amor del pueblo y el respeto de los grandes; pero una revolucion lo derribó y tuvo que alejarse de su patria y buscar abrigo en un reino vecino. Despues de un largo destierro volvió á ella siendo ya de sesenta y ocho años de edad para no volver á salir.

Es digno de atencion el observar que conforme al itinerario exactamente conocido de los viajes de este filósofo, resulta que nunca salió de las fronteras de la China, y que jamás visitó las naciones extranjeras, y por consiguiente que no pudo tomar de estas ninguna opinion moral ó religiosa, sino que su doctrina es la sencilla y pura de los antiguos chinos. Es, pues, evidente que se ha asegurado sin fundamento que se habia aprovechado de la filosofía de los griegos, tomando ideas de Pitágoras y un párrafo de Ezechiel; siendo mucho mas racional creer que Confucio no conoció ni á Pitágoras ni á Ezechiel, que vivieron casi en su misma época, y que se ocupó de otras cosas muy diferentes que de aprender griego y hebreo.

En los últimos años de su vida se ocupó Confucio en poner en órden los seis *king* ó libros sagrados en que se encuentran reunidos los monumentos mas antiguos de la China, y á poco se vió acometido de una larga y penosa enfermedad. Aunque logró curar de ella fue la convalecencia muy difícil, y desde entonces se consumió diariamente, hasta que cayendo en un profundo letargo que le duró siete dias, al cabo de los cuales murió el año 479 antes de Jesucristo. Sus funerales se hicieron con la mayor pompa por sus discípulos; uno de ellos plantó sobre su sepulcro un árbol, cuyo tronco árido y seco se conserva aun despues de veinte y dos siglos. Este árbol ha llegado á ser un monumento sagrado para

los chinos que le han hecho dibujar con el mayor cuidado, y grabar en mármol, sacando copias que adornan casi todas las habitaciones. Fueron tantos los discípulos que acudieron despues de la muerte de Confucio á visitar su sepulcro, que al re-

dedor de él se formó una ciudad de segundo órden que aun existe en la provincia de Canton, y que prueba la veneracion de los chinos á la memoria de este grande hombre.

A. A.

## VIAJES.

### ANTIOQUIA.

Cualquiera que sea el interés que inspire la vista de la Siria moderna en el alma del viajero, siempre la tristeza domina á todos los demas sentimientos. En un pais donde la naturaleza ha hecho tanto por el hombre, en donde el suelo es tan fértil que justifica la espresion de la escritura, que hablando de la tierra de promision, dice que es un jardin, regado por arroyos de miel y leche, bajo un cielo en que se respira un aura refrescada por las brisas del mar, y siempre embalsamada por el perfume de mil flores, en una region donde la naturaleza ha puesto á manos llenas poesia y riqueza, es tristísimo por cierto no ver á cada paso mas que señales de devastacion, ruinas ó sepuleros que huella impávido el indolente musulman. Tal es la sensacion que se experimenta al recorrer tan bella comarca, y especialmente los alrededores de la célebre Antioquia.

Esta ciudad que se compone de cuatro poblaciones, fue fundada por Antioco, y engrandecida ó mas bien reedificada por Seleuco que la puso el nombre de su padre. Está situada no lejos de los rios Oronte y Eufrates, y cerca de las ciudades de Apamea, Seleucia y Laodicea, llamadas por esto sus hermanas. Era la metrópoli de la Asiria y ordinaria residencia de sus reyes; y segun afirman Estrabon y todos los antiguos geó-

grafos, escedia en magnificencia á la misma Alejandria y á Roma. Brillaban en ella las artes con todo su esplendor, y la molicie de los principes asirios habia introducido todos los refinamientos del lujo. Bajo el dominio de los emperadores romanos, se acabaron de corromper las costumbres, y se enseñorearon los monstruosos vicios que el sacerdote del sol (heliogábalo) hizo célebres cuando subió al trono del Universo; y entonces se verificaron las famosas fiestas de la selva sagrada de Dafne, que eran el último grado de prostitucion y de desórden. Mas apareció la aurora del cristianismo, que se levantaba radiante en el oriente, y oyendo su voz grave y solemne, Antioquia se llenó de fervientes discípulos, y la sangre de numerosos mártires labó su suelo. Podrian citarse muchos rasgos del sublime heroismo de hombres que abandonaban su cuerpo á increíbles torturas, y que daban su vida por su creencia religiosa, sin dar la mas leve muestra de pesar. Hay hombres sin duda que pueden sacrificar su vida en defensa de una causa cualquiera, pero para sufrir una muerte tan cruel y acompañada de tanto menosprecio es preciso haber visto detrás del verdugo el angel que tegia la corona sagrada para las víctimas.

Sin embargo, el mundo antiguo agota-



das sus fuerzas con las orgías y la depravación, moria; los bárbaros se habían arrojado como un torrente sobre todas las provincias del imperio romano, y en todas partes dejaban ruinas que marcaban su paso. Antioquia no pudo evitar esta plaga; y entonces principió la obra de destrucción consumada por los mamelucos en 1269. Los fanáticos satélites del Alcorán, hicieron mucho mas de lo que habían hecho los bárbaros del Norte; destruyeron hasta la última columna de ésta ciudad de los palacios, y en lugar de tantos monumentos nada edificaron, porque hombres tan abandonados y perezosos, solo necesitan tierra para orar al salir el sol, y un sepulcro para encerrar su cadáver.

En los tiempos de las cruzadas fué Antioquia el campo de batalla donde resplandeció el valor de los piadosos caballeros que peleaban al grito de *Dios lo quiere*. Allí brillaron todos los héroes de la caballería, Boemundo, Tancredo que reinó en ella, Ricardo corazon de leon, Felipe Augusto y Suenon el joven príncipe dinamarqués, que habiendo caido en una zagalarda, se defendió todo el dia, y cayó al lado de su amante, que tambien había combatido como una reina de las amazonas. Enviados del cielo cavaron el sepulcro que debía ser su lecho nupcial, y por la noche una luz bajada del cielo indicaba el sitio donde reposaban los dos héroes. No lejos de sus muros vivió largo tiempo errante un rey que había perdido sus valientes soldados en un desfiladero, aplastados por las rocas que los musulmanes arrojaban sobre unos hombres indefensos. Un dia entero permaneció oculto entre la espesura de los árboles; luego

que llegó la noche tomó el camino de Antioquia, y se acercó á llamar á una de las puertas de la ciudad que estaba en poder de los cristianos por aquella época: era Luis VII. Aquellas guerras contribuyeron sobremanera á la ruina de los edificios de tan célebre ciudad; los cruzados, ignorantes y alucinados á la par que entusiastas, respetaban poco las ciudades que caian en su poder, y las crónicas de la época apenas dan noticia alguna acerca de un pais tan rico en monumentos y edificios, siendo asi que hubiera sido sumamente fácil obtener de él infinitas é interesantes descripciones.

En el dia la famosa Antioquia es una miserable ciudad poblada de jardines, y conocida con el nombre de Autakieh. Encierra aun hasta diez mil habitantes, pero se hallan diseminados en los restos de su antiguo recinto, que dió cabida en otro tiempo á mas de 700.000. Una pequeña parte de sus muros y acueductos que ha podido resistir á las incursiones de los bárbaros y á los temblores de tierra, es la única muestra que conserva hoy dia de su primitiva magnificencia. La antigua reina de Oriente, despojada de su grandeza presenta el triste aspecto de una virgen que ha perdido su corona, y no tiene quien lllore con ella su dolor, sino es el viento de la noche que zumba entre las ruinas de sus palacios, ó agita las copas de los cipreses que rodean sus tumbas. Tambien la acompaña en su tristura el viajero europeo que aparta los ojos al ver tantas ruinas, y se separa de ellas con el corazon oprimido.

J. A. M.



## Una rafaga de aire.

Convulso en torno de mi sien se mueva  
ser trasparente que mi tez oréa,  
diáfana imagen que flotante, leve,  
con su trémulo manto me rodea.

Mis dorados cabellos blandamente  
riza, esparce, columpia y los azota,  
y en torbellino rápido en mi frente  
desplegándose elastico rebota.

Ora en giro invisible , vago , errante,  
acaricia mis sienes bullicioso;  
ó ya de mi cabello , vacilante,  
se aduerme entre las hebras perezoso.

Ora mi frente , en circulo festivo,  
cual fantástico velo ciñe al lado;  
ora se pierde aereo , fugitivo,  
por la azulada atmósfera espaciado.

Ya entre los pliegues del ropón sugeto  
hirviendo sin cesar revolotea;  
ora volátil , revoltoso , inquieto,  
rastrero entre la grama serpentea.

Ora tendido con fugaz derrame  
cruza la vega despertando olores,  
y haciéndoles mecerse, aereo lame  
blando y sutil los tallos de las flores.

Es la imágen que ayer forgé soñando  
luminosa , liviana cual mi mente;  
es el velo de un angel que pasando  
de aureola de amor ciñó mi frente.

De alguna tímida virgen  
es la ferviente plegaria,  
que demandó solitaria  
entre aromas á su Dios;

O el impúdico "bien mio"  
que líbricos , fascinados,  
en el placer embriagados  
allí repitieron dos.

Es el canto melodioso  
de un ruiseñor que hizo salva  
al ver asomarse al alva  
con su purpúreo arrebol;

O bien los últimos trinos  
con que la vega perfuma,  
cuando en sepulero de espuma  
se abisma caduco el sol.

Es del vagante mendigo  
tal vez el acento mudo,  
que al verse hambriento , desnudo,  
esclama el triste : "ay de mí !"

O la voz de dos amantes,  
que en pláticas seductoras,  
él la pregunta : ¿me adoras ?  
y ella le responde : sí.

Es el canto de una orgía  
desacorde y repugnante;  
es de un trobador amante  
la enamorada cancion;

Es el "perdona Dios mio !"  
del humilde penitente;  
O bien de algun maldiciente  
la execrable imprecacion.

Liviano ser que ligero  
vagas perdido , y sin guia,  
¿eres algun mensajero  
que con un dulce "te quiero"  
mi dueño amado te envia ?

Vuélvete , y dile que impreso  
quedó el "te quiero" en mi mente,  
pero aguarda , lleva preso  
entre tus alas un beso  
que grabarás en su frente.

Y si al besarla galante  
ves que el rubor la enardece,  
al oído susurrante  
la diras : "es por tu amante"  
y verás cómo enmudece.

Desciñe la gasa al lado  
que cubre su pecho...no,  
haz mas denso su plegado,  
que de gasas despojados  
solo puedo verlo yo.

Y si suspira su boca  
perfumada , á mi y á tí  
nos cabe dicha no poca,  
el aroma á ti te toca,  
pero el ay ! me toca á mí.

R. CAMPOAMOR.

## BELLAS ARTES.

### ESPOSICION DE 1838.

Si hemos de dar crédito á cierto artículo relativo al asunto que indica el epígrafe de este, y publicado en uno de los periódicos mas acreditados de esta corte (1), la esposicion de 1838 solo ofrece motivos para alegrarnos y para que con ruidosas salvas de aplausos regalemos los oídos de nuestros artistas de todós los géneros y sexos posibles. Muy despacio lo hemos leído, y cuidado que tiene tres mortales columnas, lo tenemos en este momento á la vista y volvemos á recorrerlo; pero ni antes ni ahora hemos podido concordar nuestros recuerdos y apuntes de la esposicion con su contenido, ni menos vislumbrar cuales son las opiniones y las ideas del autor en materia de bellas artes. No pertenecen sus juicios á la escuela de los naturalistas ni á las de los idealistas, tampoco aparecen con secuencia de *eclecticismo*, porque no elige dotes entre ambas escuelas para alabarlos, y defectos para criticarlos; solo puede asegurarse que el artículo manifiesta el *optimismo* mas candoroso que han conocido los humanos desde los griegos hasta nuestros días, sin exceptuar el del celeberrimo Pánglós, ayo y maestro de Cándido.

Principia el mencionado artículo estrañando que estando la nacion mas pobre que Lázaro y mas revuelta y dividida que los sitiadores de Troya, haya quien profese las bellas artes y productos de estas. Nosotros tambien lo estrañamos como estrañamos otras muchas cosas, pero á fuerza de estrañar nos hemos encontrado sin estrañeza, y esto es tan lógico como que solo puede ser extraño lo nuevo y lo único, y habiendo muchas novedades se a-

cabó el prestigio y entra la vulgaridad. Por eso hace ya tiempo que nos hemos propuesto juzgar de las cosas en España por lo que ellas son, y olvidar para ello la guerra civil, las escaseses del erario, la falta de recursos, y otras muchas cosas muy verdaderas y muy trascendentales, pero que se han repetido tanto y de tan distintos modos, que dejaron de producir efecto, ó quedan ya como cosas supuestas, y con las que siempre debe contarse.

Pero sino es de Pánglós es por lo menos de Cándido la noticia que nos dá en seguida el ya mencionado artículo con cierto melancólico entusiasmo de que "hay artistas en nuestro desgraciado suelo." Por Dios que es cosa de desesperarse! Hace mas de un siglo, acaso desde el advenimiento al solio castellano de la casa de Borbon, que estamos luchando sin cesar por demostrar que los españoles hacen cosas tan buenas como los franceses, ingleses y alemanes, y tienen tanta disposicion para las ciencias y las artes como los demas europeos. Cuando nosotros vinimos al mundo, ó mas bien dicho, cuando conocimos que habiamos venido al mundo, ya nos admiró esta lucha y este conato; por todas partes oiamos decir: "mire Vd., fulanito ha hecho tal cosa que ni en Francia se hace mejor" "Menganito ha publicado tal libro que hasta en Alemania se puede leer" y otras mil frases á este tenor. Lo primero que se nos ocurrió fué si acaso los extranjeros tendrian cuatro manos, ó alguna otra ventaja corporal que les proporcionase superioridad marcada, y que nos explicase por qué era una gracia que los españoles biciesen lo que ellos. Vimos con gusto que no. Despues cayó en nuestras manos un

(1) El Correo Nacional.

tratado de historia natural, y leímos algo de razas humanas y de ángulo facial más ó menos abierto, como prueba de superiores facultades intelectuales. Tate, dijimos para nuestro capote, aquí está el ajo; los españoles pertenecen sin duda á alguna de estas razas favorecidas á nativitate con la tontera y con un ángulo facial de los más agudos. Y para verificar nuestro descubrimiento principiamos á medir ángulos faciales á diestro y á siniestro, ya de españoles, ya de franceses, ingleses y alemanes y á compararlos entre sí. Trabajo perdido. Muchos ángulos agudos encontramos, pero á fé de escritores de bien podemos asegurar, que no fueron los españoles los peor librados en materia de simpleza probada por órganos esternos. Pues entonces, dijimos nosotros, perdido el hilo, ¿por qué motivo esa extrañeza de que en España se hagan cosas con acierto? Dirigimos esta pregunta á muchos, nos dieron varias razones, y ninguna buena; y entonces nos propusimos sacudir bien el polvo á todo ciudadano español que intentase cubrir su torpeza con su cualidad de tal, y no tener en cuenta la patria de nadie para juzgar su obras. Por consecuencia no tomará á mal el autor del artículo que no extrañemos que haya artistas en España, puesto que extrañaríamos y mucho, que no los hubiera.

Después de estas advertencias y rectificaciones que bastan para manifestar nuestro propósito, y dan la clave de nuestro modo de juzgar, es evidente que distaremos mucho de hallar tantos y tan buenos cuadros en la exposición de 1888 como ha hallado el autor del artículo, ó más bien del panegírico citado. Tiempo es ya de que se dé á las letras y artes toda la importancia que en sí tienen, y de que se señale con el dedo el fin y perfección de ellas, que está algo más lejos de lo que aparentan creer nuestros artistas y literatos. Si hasta aquí ha podido ser útil el alentar con alabanzas y aplausos excesivos los débiles ensayos de la juventud, son ya estos ensayos demasiado numerosos, y demasiado débiles para merecer una indulgencia que tardaría

poco en producir violenta reacción en el público cansado de oír preconizar como bello y escogido lo que á todas luces ha debido considerarse como detestable.

Para no principiar nuestro examen de la exposición con una severa crítica, será el primer artista cuyas obras mencionemos el pintor de cámara don Vicente Lopez. Prescindiendo, como debemos prescindir en un artículo de este género, de toda preocupación de escuela, de toda afición particular á cierto y determinado estilo, y supuesto los medios originales de que se vale este hábil profesor para representar la naturaleza, es de rigurosa justicia confesar que su cuadro de la Virgen de los Desamparados, es una verdadera obra maestra. Composición, expresión, dibujo correcto, colorido armonioso, todas estas dotes reúne, y en un grado muy poco común. Llámamos principalmente la atención en este artista la destreza con que sabe combinar la brillantez del colorido con la armonía, sin que lo primero perjudique á lo segundo, ni altere en lo más mínimo el reposo de sus composiciones. Los tres retratos que acompañaron al cuadro, son tales como todo el mundo sabe que los hace Lopez: de lo mejor en su género.

Don José Madrazo pintor de cámara también, y artista reputado por gran conocedor, hacia ya tiempo que cantando con Virgilio el *Deus nobis haec otia fecit* y acaso con más motivos que el poeta mantuano, dejaba á la nueva generación el cuidado de sostener con sus obras la gloria de las artes. Acaso el ruido de los aplausos que se prodigaban á algunos jóvenes ingenios, hubo de llegar á sus oídos, y despertó en él el deseo tan natural de alcanzar nuevos laureles, regando los antiguos que habian sido adquiridos con poca competencia. Deseo laudable y resolución generosa; lástima que el éxito no haya coronado tan patriótica decisión. Lo decimos con sentimiento, pero la imparcialidad es la primera prenda de la crítica; el señor Madrazo hubiera hecho bien en no esponer sus obras, y en contentarse con su adquirida celebridad. Esto

juicio es demasiado severo para que no nos creamos obligados á demostrar cumplidamente su justicia.

A la izquierda del patio de la academia, y colocado en el centro de uno de sus frentes, llamaba la atencion por su tamaño el primer cuadro del Sr. Madrazo. Representa el asalto dado por el gran capitán y su gente al castillo de Monte Frio y la accion es en el momento en que poniendo Gonzalo de Córdoba el pie en la brecha va á plantar en la muralla el estandarte de la fé. Aun cuando la escuela del Sr. Madrazo nos autorizaba á aplicar á su composicion todo el rigor de las reglas clásicas, que seguramente ha violado en ella sin ventaja, nos abstendremos de hacerlo juzgándola filosóficamente y conforme á las ideas de una conveniente verosimilitud. Es evidente que el gran personaje del cuadro, el primero y acaso el único que escita y debe escitar la atencion es el gran capitán: el artista lo ha situado de modo que lo indica así, añadiendo la circunstancia de ser la sola figura histórica que en el cuadro campea. Desde el mas grande hasta el mas chico de cuantos han visitado la academia, y fijado sus ojos en la produccion que analizamos, han preguntado á una voz "¿cómo ha subido ese hombre ahí?" Y en efecto, no puede acabarse de extrañarse como un profesor de los conocimientos del Sr. Madrazo ha podido imaginar que, sin el auxilio de alas, podia un hombre subir por una escalera de mano, resistiendo los esfuerzos y proyectiles enemigos, embarazado con una pesada y completa armadura, llevando en la una mano la espada y en la otra el escudo y una bandera. Y tal, sin embargo, ha sido su idea, de un modo tan manifesto, que el héroe tiene aun un pie en el último palo de la escalera. Semejante olvido de la verosimilitud solo puede compararse con el de figurar las armaduras tan resplandecientes, limpias y bruñidas, y los trajes y turbantes de los moros tan areados y bien dispuestos, que dudamos mucho tuviera que ponerles el mas mínimo reparo un general minucioso en un día de revista. Y sin embargo,

aquella buena gente debería llevar largo rato de combatir, puesto que habia brecha abierta, y que el asalto se daba y recibia con esfuerzo. Allí, á lo que vimos, se peleaba sin polvo, sin sangre y sin lesion de ningnna especie, puesto que los golpes no alcanzaban ni aun á descomponer el vestido. Si el Sr. Madrazo hubiera usado de estos accidentes verdaderos, y ademas de verdaderos, muy convenientes cuando se manejan con destreza, habria logrado animar algo un cuadro y una accion llenos de frialdad, y lo que es mas, hubiera logrado desvanecer los durisimos recortes de sus figuras sobre el fondo. Hemos dado una de las razones que hacen fria é inanimada la accion del cuadro, pero la mas principal es la falta de espresion en todas las figuras y que sobre todo es extraordinaria en el rostro del gran Capitán. Cubra el señor Madrazo su cuadro de modo que solo quede visible la cara del héroe, muéstrela despues á cuantas personas quiera inteligentes y no inteligentes, y si hay una sola que conozca que aquella es la fisonomia de un guerrero esforzado y orgulloso en el mas crítico momento de un asalto, nosotros le ofrecemos quemar todos nuestros papeles, y dejar el oficio de periodistas. ¡Y tiene valor el artículo que arriba mencionamos para hablar de la filosofia del señor Madrazo!

Sin embargo, el cuadro que acabamos de analizar, con todos sus defectos es muy superior al otro del mismo autor que representa el amor encadenado por unas ninfas con guirnaldas de flores. En las varias veces que concurrimos á la esposicion y nos paramos á considerarlo, solo oímos en derredor nuestro un voto uniforme y continuo de reprobacion. A decir verdad, no hemos visto nunca un amor mas feo, vulgaramente hablado, ni unas ninfas mas estrambóticas, ni una idea menos feliz, ni un colorido mas chillon, desentonado y monotono. Desde que se fija la vista en el cuadro no hay un solo momento de reposo hasta que se aparta de él. Parece que el autor se ha propuesto dar en materia de colorido una tremenda bofetada á Murillo cuyas in-

mortales obras presenciando tal escándalo hablan con munda elocuencia al espectador. Hemos dicho Murillo, y nos arrepentimos, porque aun concediendo las licencias que en tal punto se conceden á las escuelas Romana y Francesa, todavia el cuadro de que hablamos resalta dolorosamente y traspasa los anchos límites que le era lícito recorrer. Una ligera ojeada á la hermosa copia de la transfiguracion colocada en una de las salas de la Academia al lado de la santa Isabel de Murillo basta para convecerse de ello.

Ninguno de los defectos que acabamos de reprobar en el señor Madrazo padre, ha heredado su hijo don Federico, y su bellissimo retrato del marqués de Branciforte á caballo es la mejor garantía de ello. Si es cierto que los padres llegando á edad avanzada cifran su gloria en la de sus hijos, y sucede asi á D. José Madrazo, no podemos menos de aconsejarle que arroje los pince-

les, y espere confiado en el brillante porvenir del jóven Federico, porvenir lleno de esperanzas, y del que refluirá á su padre y maestro una gloria duradera y de algun mas valor que la que con sus obras presentadas en la exposicion de 1838 puede ganarse él mismo.

Nos hemos estendido tanto porque la importancia del artista á quien dirigimos nuestra crítica hacia necesaria la justificacion de esta. Vemos que este artículo es ya demasiado largo para los límites de un periódico, y hacemos alto para contiuar en el siguiente número nuestro exámen de los cuadros y dibujos presentados en la exposicion de 1838, supuesto que otra pluma mas diestra y mas entendida que la nuestra, debe encargarse del artículo relativo á escultura que acaso acompañará á la segunda parte de este.

V.

## ERNESTO.



Aunque la civilizacion, y los adelantos de los tiempos han templado todas las crueldades que tan comunes eran en las pocas antiguas, y han producido un respeto á la vida de los hombres de que no se tenia antes ninguna idea, quedan todavia las guerras civiles, de principios y de independencia, en que chocándose intereses vitales y llamándose los partidos recíprocamente rebeldes y traidores ponen fuera de la ley á sus contrarios, y los actos de crueldad y aun de barbarie se suceden continuamente, y lo que es mas, que no pueden menos aprobarse por hombres, que privados de la pasion ya noble ó ya mezquina, ya dirigida á un objeto bueno ó ya efecto del fanatismo, se horrorizarian con solo imaginarlos.

Por desgracia el hombre se acostumbra á todo, aun á lo mas criminal; y despues de algunos casos de crueldad, que acaso pue-

autorizar la necesidad, pierde aquel horror á la sangre y al homicidio que es tan natural á nuestro ser, y animado de la pasion hace cosas que antes le hubieran parecido crímenes que nunca cometeria. En los disturbios de las naciones aparecen tambien por desgracia, hombres cuyos feroces instintos reprimiria la sociedad en tiempos tranquilos, y que entonces se ve obligada á halagar y aun promover, llegando á ocupar un puesto distinguido, y á gozar grandes honores personas que en otras ocasiones hubieran sido capitanes de bandoleros y acaso habrian acabado su vida en un cadalso.

Estas tristes verdades son actualmente demasiado conocidas en nuestro desgraciado país desgarrado por una funesta guerra; pero no se crea que las crueldades de que osadamente nos acusan los irreflexivos periodistas del estrangero, son peculiares de

EL PANORAMA.



**ERN ESTO.**

nuestro suelo; para creerlo así se necesita la fatua insuficiencia, y la vana ligereza de ciertos escritores ó emborronadores de papel que abundan en Francia y no faltan en Inglaterra. El mal existe, es verdad; pero su origen es inherente á la clase de guerra que aflige á la España, y no al carácter de sus moradores. Abrase la historia, y diga la Francia si las cacareadas crueldades de la Inquisicion y de los Autos de fé con cuantas guerras intestinas han destrozado la península, presentan nada que pueda compararse con su día de san Bartolomé, con las dragonadas de Luis XIV, con la guillotina de su Convencion, y con su guerra de la Vendee. Diga la Inglaterra si debe echar nada á nadie en cara la nacion que tiene en su historia las sangrientas páginas de una revolucion político-religiosa, ó mas bien anárquico-fanática de mas de un siglo, que viene á coronarse con las horribles ejecuciones que se siguieron á la batalla de Culloden, en que el principe Carlos Estuardo perdió un trono al que su nacimiento le daba incontestables derechos.

Déjense los escritores estrangeros de achacarnos culpas que son del linage humano todo entero, y si deploran la guerra civil que nos devora, háganlo genéricamente y utilicen su tiempo, indicándonos si saben el medio de terminarla. En tanto siempre las guerras de cierta especie serán feccundas en actos de crueldad y en terribles represalias. El caso siguiente es una buena prueba de ello.

La Inglaterra principi6 á gobernar sus colonias de la América del Norte como las gobiernan todas las naciones cuando aquellas estan para emanciparse, es decir, precipitando la revolucion en vez de contenerla ó modificarla, y entonces tuvo tambien principio una sangrienta lucha en la que inmediatamente los intereses y creencias diametralmente opuestos originaron crueldades sin cuento, y dictados é improprios como es costumbre tambien entre los partidos.

Williams Mackerh era uno de los criollos que habian abrazado con mas celo la causa de la independenciam de su país, y que

reunian á una creencia política, que rayaba en fanatismo, valor á toda prueba y constancia. A las primeras señales de insurreccion abandonó su casa y familia, y como se habia dedicado á la marina desde su juventud arm6 varios buques lijeros, que capitaneados por él hicieron grandes servicios á la patria, y le adquirieron gran renombre.

Una noche en que saltaba en tierra despues de una expedicion feliz, se acercó á él uno de sus soldados que no le habia acompañado, y le entregó una carta.

—De dónde bienes á esta hora? preguntó Williams.

—De Cloun.

Era Cloun un pequeño pueblecillo en donde habia nacido Williams, y tenia su familia.

—Pues qué hay?

—Los ingleses han entrado en el pueblo por sorpresa, y han pasado á cuchillo á la mayor parte de sus habitantes. Solo se han salvado algunas mujeres, pero despues de experimentar un trato peor que la misma muerte.

—Quién te ha dado esa carta?

—Vuestra hermana, que solo de vos espera venganza de los ultrajes que ha recibido de Ernesto, el gefe que mandaba la tropa.

—Ernesto! Dijo Williams lleno de furor. Y despidiendo al soldado, marchó á su pueblo despues de haberse disfrazado de pescador. El gefe militar inglés despues de haber logrado su golpe de mano se habia retirado á una de las ciudades que todavia poseian sus compatriotas. Allí tambien lo siguió Williams sediento de venganza. Ernesto, que así se llamaba el inglés encerrado en su casa descansaba de las fatigas de la guerra al lado de una mujer que amaba, y apenas salia. Pero fuera velaba la venganza, y Williams olvidando la ley terrible que pesaba sobre su cabeza, y encubierto con su traje de pescador esperaba.

En fin, una noche vió salir al coronel de su casa y su corazon latió de alegría.



—Bendito sea Dios que me entrega este hombre!

Después de haber dirigido Ernesto una mirada al sombrío y tempestuoso cielo se embozó perfectamente en su capa y se dirigió al muelle resuelto á embarcarse á pesar de lo agitado é imponente que estaba el mar. La playa se hallaba desierta, porque la tempestad que se anunciaba había dispersado á las pescadores y marineros, cuyas embarcaciones encadenadas se mecían

acompañadas, impelidas por las inquietas y espumosas olas del Océano. Una tenebrosa oscuridad rodeaba al misterioso caballero, y solo á través de una niebla espesa se percibía difícilmente la torre de una iglesia, cuyas paredes bañaba el mar.

Luego que llegó Ernesto al embarcadero se detuvo maldiciendo á los que por temor á la tempestad habían abandonado sus embarcaciones, privándole de poder ejecutar su proyecto.

(Se concluirá en el siguiente número.)

## Sres. Redactores del PANORAMA.

En el periódico titulado, *Fray Gerundio* del 9 del corriente, he leído los innumerables y excelentes versos que el número de aquella fecha contiene, pero por no causar la atención de ustedes, les recordaré aquel que dice: *que yo no me emporcuba*, como la peregrinísima, bella y graciosa invención de hablar á la Reina en el día de su cumpleaños, de los repartidores del número. Ruego encarecidamente á ustedes que me

digan si el tal versito con su concepto encubierto y decente, como la mayor parte de todo el número, es romántico, clásico, místico, ramplón, ó si será más bien idea propia de un fraile bufon, chocarrero y deavergonzado, que de poeta. Con su contestación me sacarán ustedes de la duda en que se halla S. S. y A. Q. S. M. B.—*El autor de la composición A UN TUMULO.*

## ALBUM.

El domingo próximo pasado tuvimos el gusto (por señas de 6 rs.) de asistir al teatro titulado de *las Tres musas*, sito en la plaza de la Cebada. El anuncio de la función nos excitó la curiosidad pues no teníamos noticia de la *Jugadora*, que fué la pieza que se representó, si bien ya la conocíamos con otro título. La comedia ni está en francés ni en español sino en un idioma ininteligible. En cuanto á la compañía es infinitamente mejor que la del teatro de Buena-Vista con la ventaja de ser mucho más baratas las localidades y más cómodas que las de aquel.

El total de la función fue regular, exceptuando el bolero, que creíamos que padecía de los nervios según lo contraído que parecía estar.

TEATRO DEL PRINCIPE. *Doña Maria de Molina*, drama original en cinco actos. Ha vuelto á ponerse en escena esta producción, que aunque en nuestro concepto está muy lejos de ser buena, no la faltarán aplausos siempre que se re-

presente, que es lo que sin duda debió proponerse su autor al escribirla. Los logrará con tanta más seguridad si el papel de la protagonista lo desempeña una actriz del mérito de doña Bárbara Lamadrid, que lo ha ejecutado con una dignidad, una inteligencia y un colorido superiores á todo elogio.

—Entre las producciones dramáticas que deben ponerse en escena próximamente se cuenta un drama del célebre escritor inglés Shakespeare, titulado *Macbeth*, y que es acaso la mejor de sus composiciones. La traducción está hecha por uno de nuestros más distinguidos literatos, y de ella nos han dado las mejores noticias. No dudamos que la empresa se apresurará á hacer representar una obra que excita altamente el interés del público, y que debe dar á conocer un autor que goza de fama universal, siendo de extrañar que no se haya hecho ya, pues no es tanta la abundancia de buenos dramas para que obligue á postergar uno de esta especie.